



LA AGONÍA DE LOS DIOSES

LUIS CHESNEY LAWRENCE

Personajes

Galileo Galilei

Sesenta años

Monja 1

**Cincuentona, austera y
hierática**

Monja 2

Treinta años, juvenil.

Verdugo

**Viejo y torpe (puede ser
actuado por Monja 2)**

ACTO ÚNICO

La acción transcurre en el palacio del Santo Oficio, en Roma. Es un sótano viejo, desvencijado, al que se llega por una escalera que se cruza desde un lateral. Lugar lúgubre. Amoblado con severidad en tonos grises y oscuros. Por una ventana lateral amplia, la única existente, con vitrales amarillos-azul, abierta, llega la luz intensa del día. Sin disimular cuelga de una de las paredes el escudo austero, fondo gris y cruz verde, del tribunal de la inquisición. Por los costados en forma disimulada pero visibles se aprecian imágenes de calaveras pequeñas y medianas que se confunden con la ornamentación.

Es el día 22 de junio de 1633. Es la madrugada. Rayos de sol de verano penetran por la ventana. Suena música religiosa manierista. Suena el tañer de las campanas de San Marcos. Galileo se encuentra sentado, esperando. Es un sillón grande. Su imagen envejecida, contrasta con el ambiente. Viste colores claros. Está inquieto. Se levanta y camina hacia la ventana y observa las calaveras. Se estremece. Va a mirar hacia el exterior. Desciende la música. Se escucha con nitidez el canto de un gallo.

Galileo: (Sobresaltado) ¡...Pepe...! ¡Pepe! ... Mi gallito... ¿cómo vai...? ¿Vene? ¡Lindo. mi gallo...! ¡Pepe...! ¿Cuándo viniste. Pepe? ¡Veni-veni cua! ¡Pepe, Pepe... donde estás? (Lo busca). No veo, Pepe. No veo ... ¡ Ah, qué lindo día ...! Mira las colinas ...¡Ah, Roma! ¡Y esas rosas bellas...! Roma tiene muchas rosas, Pepe... ¿Sabías...? (Con violencia se abre la puerta de la habitación y desde lo alto aparecen dos monjas erguidas, serias y silenciosas por unos segundos. La más vieja porta un manojito de pergaminos).

Monja 1: ¡Exurge domine iudica causara tuam! Monja 2: (Traduciendo)
¡Levántate Señor y juzga tu causa!

Monja 1: "Dios hizo a los débiles para avergonzar a los fuertes..."

Monja 2: "... Y a los humildes para avergonzar a los soberbios". (Bajan las escaleras solemnemente y se aproximan a Galileo quien se hace a un lado respetuoso).

Galileo: (Dubitativo) ...Amén.

Monja 2: Señor Galileo, ¿cómo está? ¿Se siente bien? ¿Cómo está su vista?

Galileo: Com-si-com-sa ... Bien. Gracias.

Monja 1: (Acomoda sus folios en una mesa). "Quae sursum sunt, guerite": buscad lo que está arriba ... Pero si la tierra gira ... (Galileo se estremece y asusta).

Monja 2: No se inquiete, señor Galileo. Seremos breves.

Monja 1: El Padre Comisario de esta Santa Sede me ha pedido que hablemos, usted y yo, para ver si podemos llegar a un común acuerdo para poner fin a estos desagradables días que ha tenido usted y nuestra Santa Iglesia.

Galileo: Siempre lo he deseado.

Monja 2: Maravilloso, señor Galileo.

Monja 1: (Abre un pergamino y lee) Galileo Galilci, físico y matemático célebre, nacido en Pisa, hijo de Vicenzi, músico y matemático también. Galilei, inventor mecánico, amigo del gran Duque de Toscana. Reconocido sabio italiano incluso fuera de nuestras fronteras, con sus observaciones sobre los astros ha puesto en peligro la fe cristiana al desafiar las Sagradas Escrituras que expresan "este mundo es la patria de todo el género humano" y ante lo cual Galileo Galilci proclamó que la Tierra es sólo "uno" de los mundos. Y, además, desobedeció las órdenes de nuestro Santo Padre Urbano VIH cuando éste le autorizó a publicar su libro con la condición de que al final reconociera que la última palabra no la tenía la ciencia, sino la fe. (Galileo intenta hablar)... Ya le corresponderá su turno, Galilei. (Pausa) Hoy queremos ponerle punto final a esta disputa y para ello creernos que lo mejor sería que

usted, Galilei, se haga un examen de conciencia que permita devolver su confianza al Santo Oficio (Pausa).

Monja 2: ¿Entiende señor Galileo?

Galileo: Sí, claro. Por supuesto. Llevo 23 días encerrado aquí y quisiera marcharme ya, cuanto antes.

Monja 2: ¡Qué bien!

Monja 1: ¡Galileo Galilei, reconcíliate con nuestra Santa Madre Iglesia...

Galileo: Yo soy un hijo creyente de la Iglesia.

Monja 1: Ahora lo podremos comprobar.

Monja 2: Señor Galilei, no se preocupe, todo irá bien.

Galileo: Que Dios te escuche ... ¿sabes...? te pareces a mi hija. Yo tengo dos hijas. Recuerdo que en Padua...

Monja 1: (Interrumpe) Nuestra Santa Madre Iglesia ha sido agraviada. Su Santidad se encuentra muy ofendido. El Santo Oficio ha tenido que actuar con prontitud.

Galileo: ... Sí, me persiguen por hereje... Pero hace unos años sus eminencias se deleitaban con un aparato que yo inventé (Simula mirar por un telescopio), mirando las estrellas ... apuntando como un cañón hacia los astros...

Monja 2: (Compasiva) señor Galileo, yo creo que será mejor que usted nos deja llevar esta conversación a nosotros. Es por su bien.

Galileo: Muy bien ... Estoy a sus órdenes.

Monja 1: En efecto, se ha cometido una torpeza. Su libro, denominado **Los dos máximos sistemas del mundo** ha sido engañoso. Aunque fuera publicado en la ciudad de Florencia, autorizado y todo, su tema es peligroso y eso se le había prevenido a Galilei, su autor. Por ello, el Santo Tribunal debe investigar a fondo esta situación...

Galileo: Presiento algo extraño. Este debe ser otro de esos Jesuítas alemanes.

Monja 2: ¡Señor Galileo, cálmese!

Monja 1: Continúo ... La lectura del mencionado libro indica, sin dudas, y ante la vista de Dios, que su contenido no se corresponde con la fe

y con lo que el propio autor señala en el prólogo.

Galileo: ¡Por favor ... Otra vez...!

Monja 1: En el prólogo Galilei, usted promete refutar la idea de Copérnico sobre la rotación de la tierra en torno al Sol...

Galileo: ¿Qué puede hacer un sabio, preguntaría yo...? Yo que he podido estudiar, que he conocido el conocimiento ... la ciencia... Yo que me internado en la investigación... Yo, en fin, que soy un hombre moderno, de la ciudad, que busco el por qué de las cosas ... Esto es algo nuevo que, tal vez, ustedes no logren entender. El hombre actual es muy diferente al de hacer un par de siglo atrás. Lo que antes era un monasterio aislado y lejano en el campo, solitario en la Italia de la antigüedad, hoy día es un brillante centro de investigaciones: la Universidad de Pisa. ¿Comprenden eso? Hoy, allí hay una ciudad, hay una universidad en donde se enseña medicina, se abren cadáveres ... (Gestos de horror). Porque así es la vida ahora, ¿ven?

Monja 1: La vanidad lo ciega, Galilei.

Galilei: Usted no me entiende ...usted pertenece al mundo del pasado.

Monja 1: ¡Galilei, se arrepentirá!

Galileo: Primero fue el sistema monetario que abrió el comercio por todo el mundo, luego la ingeniería gótica, las ciudades, la medicina y luego, la astronomía... Son las fuerzas que han abierto diez siglos de oscuridad.

Monja 1: Se adelanta peligrosamente, Galilei.

Galileo: Es el triunfo de la nueva época sobre la antigüedad. El triunfo del hombre nuevo ...

Monja 1: ¿El triunfo de la burguesía, Galilei...?

Galilei: Somos orgullosos de lo que somos, madre. Yo quisiera saber si usted también se siente así ... (Monja 1 toma nota presurosa).

Monja 2: ¡Basta ya! Esta es una conversación que no debe llegar a estos extremos. (Transición hacia dulcura) señor Galileo, nosotros no somos

jueces. Somos las encargadas de cerrar esta instrucción. Hoy, se escribirá la última página de este triste suceso. Usted nos ayudará, ¿no es así, señor Galileo?

Galileo: Así sea.

Monja 1: Yo respeto su inteligencia y sus descubrimientos, Galilei.

Galileo: Me tiemblan las piernas ... Debo sentarme (se sienta).

Monja 2: Somos comprensivos con usted, con su edad, señor Galileo.

Galileo: Pero no me entienden.

Monja 1: Tal vez sea Galilei el que no entiende. Usted que es el maestro supremo... ¿Puede usted entender que de sus observaciones astronómicas hay algunas que llegan a conclusiones teológicas peligrosas?

Monja 2: Nosotras tenemos que velar por la Iglesia, señor.

Monja 1: Por eso su libro ha sido prohibido.

Galileo: Y yo me he opuesto.

Monja 1: Eso es desobediencia, Galileo Galilei. Hace más de quince años usted me prometió que no divulgaría la doctrina copernicana.

Galileo: No recuerdo.

Monja 1: Aquí consta en las sagradas actas.

Galileo: Pero el prólogo de mi libro sólo dice que en Italia podemos pensar libres, que aquí no somos imbéciles.

Monja 2: Señor Galileo: su libro ha despertado mucha discusión y ha movido intereses contrapuestos a Dios.

Galileo: Entonces, ¿por eso yo soy un hereje?

Monja 2: Señor Galilei usted debe tener su conciencia tranquila.

Galileo: ¡Claro que la tengo tranquila! Cómo no habría de ser natural que un sabio como yo mire, observe ... se pregunte si realmente se mueve el cielo alrededor de la Tierra o es al revés, que la Tierra es la que gira y el cielo está ahí inmóvil... como lo intuyó Copérnico. Cuando inventé el telescopio, yo era el primero que lo apuntaba como un cañón hacia el cielo para observar las estrellas, los planetas, los

astros, la luna ... y entonces descubrí que la Tierra también era un planeta... y que es un satélite que gira alrededor del Sol ... ¡Veinticinco años de mi vida había esperado por ese momento!
(Pausa) ¿Y por qué los hombres al mirar el Sol piensan que nosotros somos los que no nos movemos...? ¿Es esto peligroso ...?

Monja 2: Amigo, Galileo... Yo quisiera darle un consejo: ¿quién se da cuenta aquí que la Tierra gira alrededor del Sol? Escúcheme, señor Galileo, por esto no vale la pena todo ese sufrir... ¿Qué piensa usted?

Galileo: Es verdad, muchacha. Tiene razón.

Monja 2: Sí, señor Galileo. Esto es algo que podemos resolver de inmediato y ya está. Sólo será necesario que usted lo decida y actúe ... ¡Todo cambiará ahora ... Señor Galileo!

Monja 1: Muy sensato.

Galileo: Sí, en realidad es muy tentador. A mí no se me había ocurrido algo así. Sin duda es muy cierto... Total, la ciencia continuará sus observaciones y un Galilei viejo y achacoso como yo poco servicio puede prestarle ya. Y aunque me parece que lo que yo he descubierto no es peligroso, retirarme en mis últimos días a disfrutar la vida tampoco haría peligrar la ciencia ...

Monja 2: ¿Entonces, estamos de acuerdo...? ¿Todo listo?

Monja 1: Muy sensata sería su decisión, Galilei.

Galileo: ... Ya está... Estoy de acuerdo. Entonces esto quiere decir que ahora ya estoy libre y me puedo marchar (Va corriendo, toma una chaqueta y hace un gracioso ademán de despedida hacia las monjas y se dispone a preparar sus pocas cosas) ... claro, esto era muy simple, cómo no se me ocurrió antes (se aleja cantando algo así como una ópera) "Galileo está libre... ya puedes irte a donde quieras ... Galileo... Oh, señor, libre, libre... (hace una reverencia como despedida). Mis amigas, ha sido un inmenso placer ... Pero éste que está aquí, Galileo Galilei, ahora que llegamos a un acuerdo se reti-ra... Muy-agradecido, muy-agradccido... (Canta)

Galileo se va, se va, se va...

Monja 2: (Lo abraza con emoción). Señor Galileo... Yo sufrí tanto por usted.

Monja 1: Compostura, por favor.

Galileo: Lo se. Lo se, mi chiquilla ... Eres igual que mi hija (la besa en la mejilla). Hija, tuviste una idea grandiosa, tanto o más que las de ese genio que llaman Galileo Galilei (ríen ambos). Bien ... (Canta) Galileo se retira porón pom-pom (Nueva reverencia) Adiós. Y que no nos volvamos a ver ... (Comienza a subir las escaleras. Pausa).

Monja 1: Espere un momento, Galilei...

Galileo: (Se vuelve sonriendo) ¿Decía ... ?

Monja 1: Me temo que esto no puede ser como usted lo ha entendido ... Aprecio verdaderamente su decisión de colaborar, que tendremos en cuenta en nuestro informe ... Pero Galilei debe entender también que a la Iglesia no se entra ni se sale como en una casa...

Galileo: ¿Ah. no...?

Monja 1: No.

Galileo: Pero si llegamos a un acuerdo. Estoy libre, me dijeron (Mira a Monja 1) ¿no es cierto?

Monja 1: Nosotros no dijimos eso ...

Galileo: (Se dirige a Monja 2) Tú me dijiste ya todo terminó ...

Monja 2: Creo que sí ...

Galileo: ¿Ven...?

Monja 1: Es verdad. Hemos llegado a un acuerdo, que espero usted mantendrá.

Galileo: Ya casi se me había olvidado (Presuroso). Pero tengo que irme. Gracias. Gracias. Me pueden mandar los papeles a casa de los Medici para la firma ... No hay problema ... ¿no?

Monja 2: No tan aprisa, señor Galileo. No se deje llevar por sus impulsos...

Galileo: (Enojándose) ¿Galileo Galilei está libre o no?

Monja 2: ... No se deje llevar ni por sus impulsos ni por su vanidad, señor

Galileo.

Galileo: ¿Qué significa esto ...? Yo estoy de acuerdo con ustedes. Miren: he gastado más de veinticinco años de mi vida en este asunto de la Tierra y lo único que me ha traído son problemas y sufrimientos ... Igual la ciencia llegará a esto... Ya no soy más necesario ¿no es cierto? Nada he dicho. Todo olvidado. Esta es la reflexión final no de un genio, como ustedes me llaman tan generosamente, sino la de un hombre de mi tiempo ... la de un burgués común y corriente ... ¡Ya no hay herejía ...! ¿Entienden?

Monja 2: He ahí la cuestión, señor Galileo. Usted entró a este Santo lugar...

Galileo: ¿Santo ... ? esto es una cárcel.

Monja 2: Este es el Santo Oficio, señor Galileo. Usted vino aquí por primera vez hace unos meses ... Galileo: Siete, para ser más preciso. Siete meses.

Monja 2: Está bien. Usted vino hace siete meses, durante los cuales se ha levantado un expediente y nombrado un juez instructor, quien es el único que puede decidir acerca de su salida de este recinto sagrado.

Galileo: ¿Juez instructor? Monja 2: Señor Galileo, entienda... No es un problema de fondo, sino de procedimientos ... (se le acerca y le toma del brazo regresándolo). Galileo: ¡Qué haces, hija mía! ¡Me llevas de regreso a donde ésa...! ¡No...! (Al oído). Esa parece una bruja ... Shiiiiii. Mejor salgamos de aquí (Intenta salir subiendo las escaleras).

Monja 1: (Imperativa) Me temo que no podrá ser posible, Galilei.

Galileo: ¿Ves ...? ¡Chi seamo fregati...! Monja 1: Galileo Galilei no está autorizado para abandonar este recinto. Sólo debe obedecer. Galilei, baje acá.

Galileo: (Se estremece. Mudo comienza a retroceder de espaldas,

lentamente, junto a Monja 1 que le ayuda). Entonces no hay libertad... Y el acuerdo....

Monja 2: Si, si, si... Tranquilo, señor Galileo, no se inquiete que todo va a salir bien. Muy bien. Galileo: ¡Cómo que bien! ¡No ves que no salgo, que voy para atrás! ¿A dónde me llevas...? ¡Cuidado! ¡Cuidado que no veo bien! (Se sienta y se para). Monja 1: Así está mejor. Con todo respeto, Galilei. Por sus méritos y su actitud, le pido que se quede un poco más ...

Galileo: Pero saldré, ¿no? Monja 2: Sí, señor Galileo.

Galileo: (A Monja 2) Me lo prometes, ¿ah?

Monja 2: Usted se ha comportado muy bien.

Galileo: ¿No es cierto que sí? Yo no quiero problemas.

Monja 1: Lamento decir que no está en nuestras manos tomar esa decisión.

Galileo: Humildemente pido excusas, pero debo sentarme ... Mis piernas flaquean... Estoy extenuado.

Monja 1: Descansa, Galilei.

Galileo: Pensé por un momento que todo esto había terminado.

Monja 1: Casi, casi. Hemos dado un paso grandísimo y espero pronto terminar.

Galileo: (Se para como puede, muy serio). Yo quiero que ustedes me escuche bien: he accedido de buen agrado a sus requerimientos y me pareció que habíamos llegado a un acuerdo ... Sin embargo, ustedes mismo han visto como he tenido que volver atrás, forzado. He confesado todo, que soy católico, buen católico, obediente y fervoroso. Exijo también mayor consideración. Por ello acepto el dogma de la fe, siempre que el dogma explique claramente el movimiento o la inmovilidad de la Tierra. Porque yo le digo que esto no es por mi vanidad que me hace actuar así, sino el convencimiento de que soy el más grande sabio de Italia. Cuando ustedes me humillan, también lo hacen

a nuestra ciencia.

Monja 1: La Iglesia se encuentra por sobre la ciencia, Galilei.

Galileo: ¿Qué...?

Monja 1: Lo dicho.

Galileo: Mi libro es ciencia. Yo soy católico. Mi libro es por tanto mi palabra de creyente: es mi sumisión a la obediencia papal. ¡Pero yo soy el científico más grande de Italia! Nunca lo olviden.

Monja 2: Señor Galileo, de nada sirven las amenazas. Nadie está deshonrando a la ciencia, ni a su orgullo personal. Somos humildes servidoras que cumplimos un mandato.

Galileo: ... También deben pensar...

Monja 2: Es mejor ser débil que orgulloso, señor Galileo.

Monja 1: El Santo Tribunal tomará esto en cuenta, como un gesto bondadoso de Galilei.

Monja 2: Ya hemos explicado, señor Galilei, que con breve examen de conciencia el Tribunal se sentiría más que satisfecho.

Galileo: Yo he hecho todo lo posible por excusarme ¿qué más podría yo hacer...?

Monja 1: (Humilde) Bueno... No basta con reconocer las faltas ... hay que enmendarlas también para que no se despierten más dudas entre los fieles.

Monja 2: Apreciamos su sinceridad, señor Galileo... pero recuerde que usted olvidó la prohibición que le hiciera el Cardenal Bellarmino, que en paz descansa, de no justificar el sistema de Copérnico.

Galileo: Bien ¿Y qué quieren que haga ahora?

Monja 2: (Dubitativa) ... ¿Y no podría usted, señor Galileo, acomodar lo escrito en su libro y reconocer...?

Monja 1: ... Confesar...

Monja 2: ... Estas faltas...

Monja 1: ... Confesar es mejor que negar...

Galileo: Eso es como pasar un contrabando por la aduana... El sabio

tiene que mentir ... Y la iglesia cometerá un error frente a la ciencia...

Monja 1: Hay que mostrar el alma del acusado.

Galileo: ¿Y si me niego?

Monja 2: ¡No señor Galileo...! ¡Por favor...!

Monja 1: El Santo tribunal dispone de los medios adecuados para lograr sus fines.

Galileo: ¿Qué es esto? ¿Amenazas a mí?

Monja 1: No somos nosotros los que han amenazado.

Galileo: La Iglesia no tiene derecho a ordenarme a mentir.

Monja 1: Lo que la Iglesia predica no es mentira.

Galileo: Pero ustedes me están obligando a decir lo que yo no creo.

Monja 1: ¿Y Galilei cree en la Iglesia o no?

Galileo: (Pausa) ¡Soy católico! ¡Soy católico! ¡Soy científico! ¡Católico y científico! El mundo ha cambiado; yo he podido estudiar, investigar, dar cátedra en la universidad... ya no estamos en la oscuridad de antes...

Monja 1: (Irónica) ¿El discurso del buen burgués, otra vez, Galilei?

Galileo: ¿Y qué... ? ¿Y qué... ?

Monja 2: (Pausa. Toma un libro de la mesa). Señor Galileo, este es su libro ...¿quiere que le lea algunos párrafos para que entienda de qué hablamos...?

Galileo: Me lo se de memoria. Trabajé toda mi vida en él. Y ahora quieren que reniegue de mi letra ... ¿Por qué no lo quemaron, ah? ¿Por qué no lo rompen...ah? ¡Vamos, rómpanlo, quémenlo...!

Monja 1: ¿Ahora que ya circula fuera de Italia?

Monja 2: No, señor Galileo. Cálmese. No hay problemas con su libro ... Veamos esto con más tranquilidad. Usted mismo dice que su intención ha sido otra, que no está de acuerdo con Copérnico. Entonces, corrijamos esta obra en los párrafos en que el Simplón que usted pone para defender las teorías antiguas (Galileo se sonríe)

¿quiere...?

Galileo: Eso no está mal escrito.

Monja 2: No hay que corregirlo entero. Sólo en partes.

Monja 1: Esto podría ser echo, incluso, en su casa en Florencia, tranquilo, junto a su hija...

Monja 2: ... O tal vez, si usted agregara un nuevo capítulo ... como una continuación... en donde explique bien su intención como sabio que es y católico que se declara...

Galileo: ... Y burgués, ¿no?

Monja 1: Usted lo ha dicho, Galilei.

Galileo: (Va hacia el libro, lo toma e intenta leerlo con dificultades por su vista. Hojea algunas páginas que leerá)... "Diálogos... Me alegra pensar que todo empezó con los barcos. Desde que la humanidad tiene memoria, siempre se arrastraron a lo largo de las costas, pero un día, de pronto, abandonaron esas costas y zarparon hacia todos los mares... En nuestro viejo continente ha surgido un rumor: hay nuevos continentes... (Sonríe. Queda pensativo un instante. Cambia de hoja)... Las ciudades son estrechas, pero también son las mentes, superstición y peste. Pero ahora decimos: esto es así, más no permanecerá así. Pues todo se mueve, amigo mío". (Queda consternado al igual que las monjas que lo contemplan, una desafiante y la otra espectante. Transición crucial de Galileo, quien comienza a llorar y hablar suplicante) ¡Se mueve! ¡Se mueve...! (Cae).

Monja 1: (Enérgica) ¡Los instrumentos! ¡Los instrumentos!

Monja 2: No, todavía... Por favor.

Monja 1: Dejémonos de niñerías. Prepare el acta final. Vuelvo en un instante (Sale hacia las escaleras y golpeando sus manos hace una seña y regresa).

Monja 2: (Revisa papeles. Se sienta. Se levanta y corre hacia Galileo): Señor Galileo ... Por favor...

Galileo: ¡Ah...! ¡Ya no puedo más!

Monja 1: (Exasperada) ¡Qué pasa...! ¡por qué no viene...!

Monja 2: Yo iré a ver... (Sale presurosa).

Monja 1: Esto no será fácil...

Galileo: Nada en mi vida ha sido fácil, madre...

Monja 1: La vida es dura y los hombres muy difíciles...

Galileo: ... Rechazan la vida, ya entiendo... puedo ver en sus rostros la palidez cadavérica de una historia que se marchita... (Aparece el verdugo que baja lentamente tras Monja 2).

Verdugo: ... Signore... Signore...

Galileo: (Hacia Monja 1) ¿Quién es éste?

Monja 2: Señor Galileo, será terrible.

Galileo: ¿Qué será terrible ...? (Pensativo) ¡ Ah, el trabajo sucio ...!
¡Intentan presionarme!

Monja 1: (Revisa papeles) Hmmm... Las prohibiciones de 1616... Abril... Los expertos pontificios ... Aquí vamos. (A Monja 2). Por favor, madre, tome nota de esta parte. Yo estaré al frente ahora (va hacia Galileo. Monja 2. Vuelve los papeles)... Galileo: "Universum genus humanun in hoc mundo concluso..."

Galileo: (Se levanta, humilde). Yo he descubierto que la tierra no es sólo uno de los mundos.

Monja 1: Su libro profesa herejía copernicana.

Galileo: (Humilde). ¡Piedad...! ¡No me humillen...!

Monja 2: (Anota). ¡Admiramos su inteligencia...!

Monja 1: Continuamos. ¿Tiene algo más que decir, Galilei?

Galileo: Nada.

Monja 1: ¿Afirma, Galilei, que el Sol es el nuevo centro del universo y no la Tierra ... y que ésta realiza movimientos diarios?

Galileo: Ni uno ni lo otro...

Monja 1: Pero esa era su intención.

Monja 2: Sólo Dios podría saber la intención.

Monja 1: Pero no es diferente a lo que está escrito en su libro ... Y por

sobretudo debe prevalecer que los argumentos teológicos priman sobre los científicos (Al verdugo). Prepárate. (El verdugo descorre la tela de unos muebles grandes que muestran ahora una silla para torturas medievales que comienza a arreglar).

Galileo: Yo he prometido reparar mis faltas ... Y ahora (Mira al verdugo que sonrío como imbécil) ofrezco corregir los párrafos confusos ...

Monja 2: No será necesario continuar...

Monja 1: Ya eso no es suficiente... El Santo Tribunal exige que se abra su aliña en penitencia. Es un deber doloroso.

Galileo: ¡Soy un pobre viejo, cegato...!

Monja 2: ¡Qué clase de interrogatorio es éste?

Monja 1: Yo asumo toda la responsabilidad. El maestro (Mira al verdugo) se encargará de arreglar todo ... (Hace una seña con la cabeza al verdugo quien se acerca a Galileo, éste se consterna).

Monja 2: ¡Cuidado con él!

Verdugo: Oh...Oh... Venga, signore. Venga... (Lo sienta. Galileo intenta resistir pero el verdugo lo golpea fuertemente en el pecho y lo tumba en la silla. Monja 1 se retira a un extremo y no mirará. Monja 2 se hunde en la escritura del Acta).

Monja 1: (Dicta) El acusado sometido a interrogatorio severo (Galileo llora. El Verdugo lo amarra y está listo para apretar. Monja 1 mueve la cabeza ordenando que actúe ... y el verdugo actuará).

Galileo: ¡... Fachia di culo ...!

Verdugo: ¡... Oh, oh, oh,... culo... culo... culo...!

Monja 1: Eso no debe quedar en acta.

Galileo: No sigan: estoy en sus manos. ¡Sáquenme este monstruo! ¡A mí...! ¡Oh, Señor ...!

Monja 1: ¡Galilei confesará la verdad!

Galileo: La inteligencia que Dios me ha dado, que la he usado como físico, me ha inducido a errores. Yo pensaba que la teología comenzaba

donde la ciencia termina, pero es a la inversa, la voluntad Divina es la única ley natural verdadera. Así, mi libro no respetó las santas prohibiciones ... Mentí... Mentí...

Monja 1: ¿Por qué mintió Galilei...?

Galileo: Sin saber... Lo hice por la Iglesia también... yo no quería ofender a nadie...

Monja 1: Galilei: A nombre del Santo Tribunal acepto tu confesión para restituir la verdad y por obrar con humildad. Por tanto, tienes ahora oportunidad de reparar tu falta.

Galileo: Acepto mi castigo.

Monja 1: Tu falta fue la herejía. Y tu pena estará en concordancia con la falta, y considerando tu edad, sólo podría ser la de aislarte para purificar tu alma ... pero a condición de que hagas pública adjuración de tu herejía. (Galileo desfallece).

Monja 2: (Corre a verlo). Señor Galileo. ¿Qué ocurre...? (Intenta reanimarlo) Agua... traigan agua...

Monja 1: (Asustada) Recuerden que no se puede ... (Se retira hacia la ventana. El verdugo asustado corre de un lado para otro y va a buscar agua).

Monja 2: Traigan agua, rápido ...(Hacia Monja 1) ¿Era necesario todo esto?

Monja 1: Era la orden ineludible de su Santidad que debe procederse a la abjuración.

Monja 2: Pero él está muy mal.

Monja 1: A los herejes antes se les quemaba sin más trámite. (Llega el verdugo con un lavatorio con agua. Monja 2 moja el rostro de Galileo y éste comienza a despertar. Se escucha por la ventana el canto del gallo...).

Galileo: ¡Pepe...! ¡Pepe...! ¡Mi gallito...! ¿Cómo vai, Pepe? ¿Vene? ¡Ay, Pepe, me muero...! ¡No, Pepe! ¿Dónde estás, Pepe? No veo... ¡Veni cua...! ¡Veni cua...! (Alarga su mano hasta tocar a Monja

2). Se estremece al volver a la realidad)... Yo no soy un mártir... amo mi vida...

Monja 1: ¡Cobarde, burgués...!

Galileo: Hay cosas que no puedo evitar.

Monja 1: ¡Qué vanidad!

Monja 2: ¿Se siente bien, señor Galilci?

Galilei: Sí, hija. Sí... gracias. (Monja 2 lo desamarra y lo ayuda a pararse).

Monja 2: Vamos, camine ... afírmese en mí...

Monja 1: (Al verdugo). Puede retirarse. (Se vuelve hacia la ventana y mira el paisaje).

Gaüleo: Gracias, muchacha. Eres muy gentil. ¿Cómo te llamas? (Camina con dificultad).

Monja 2: (En voz baja)... María... (Le hace señas que no lo diga).

Galileo: Entiendo (En voz baja). Eres entonces la madre María ... Bello nombre ... ¿De dónde eres tú?

Monja 2: Yo no soy italiana. Soy de España.

Galileo: ¡Hispania! Claro, Hispania es diferente ¡Allano están estos jesuitas naturalistas!

Monja 2: No diga eso, señor Galileo. Todo irá bien, ya verá.

Galileo: No he leído mucho de Hispania... ¡Grande tierra...! (Se sienta en la silla más cómodo y se alienta. Monja 2 le ayuda, le da aire fresco moviendo papeles frente a su cara. Se hinca en el piso. Busca el lavatorio con agua y comienza a mojarle los pies...) ¡Ah, qué alivio ... ¡Hispania debe ser muy linda! He oído mucho de Hispania... del Nuevo Mundo... Nueva hispania...

Monja 2: ¿Nuevo mundo, dice...?

Galileo: Sí. Dicen que es algo increíble.

Monja 2: ¿Increíble?

Galileo: Será como dice la Biblia, ¿no?

Monja: Yo creo. El Rey ha enviado allá muchos sacerdotes y soldados.

Galileo: ¿Qué Rey es ese?

Monja 2: Yo no se. El Rey. El que sea. (Ríen).

Galileo: Dicen que Nueva Hispania es como el paraíso.

Monja 2: ¿Paraíso?

Galileo: Allá no existe el miedo, ni el honor, ni el poder... Es un paraíso...

Monja 2: ¿Paraíso en Las Indias?

Galileo: Tú le llamas las Indias... Háblame de eso ... Dicen que allá hay mucho oro ... Nueva Hispania... El Nuevo mundo. Entonces hay dos Híspanlas: la vieja y la nueva, gracias a Dios.

Monja 2: Sí, es verdad. Dicen que allá es todo nuevo.

Galileo: ¿Y ya han muerto a todos los indios...?

Monja 2: Dicen que todavía no.

Galileo: ¿Y que les hacen, entonces?

Monja 2: Los bautizan, señor Galileo.

Galileo: Ah, los bautizan... ¿Y cómo son esos indios?

Monja 2: Bueno, como todos los indios... piel canela y pelo negro.

Galileo: Son feos... ¿Y qué hacen los indios allá? Monja 2: Son esclavos.

Galileo: ¿Y antes cómo eran? Monja 2: ¿Antes...? Bueno, no se... supongo que eran indios.

Galileo: Eran felices... María. Monja 2: ¿Felices...?

Galileo: Felices de espíritu. (Pausa) ¿Y comen patos? Monja 2: No lo se.

Galileo: ¿Y de qué viven allá? Monja 2: De la caza... de la naturaleza... Hay selvas...

Galileo: ¿Qué es eso de selvas? Monja 2: Muchos árboles ... ¿Y por qué pregunta tanto, señor Galileo? ¿Qué quiere irse para allá?

Galileo: Pienso en esos árboles ... selvas... selvas vírgenes. (Monja 2 sigue impasible). Así era Italia...

Monja2: No. señor Galilei. Allá hay mucho más... mucho más.

Galileo: Y todo va para Hispania la vieja. Monja 2: España recibe todo ese oro y las piedras preciosas.

Galileo: ¿Qué piedras son esas? Monja 2: Hay una que llaman esmeralda, que es verde como los ríos.

Galileo: Verde... Piedras preciosas...Oro... Monja 2: Los indios tienen templos de oro, pero allá el oro no vale nada. Galileo: ¿No vale el oro? ¡Ohh, ese tiene que ser un paraíso...!

Monja 2: No lo crea tanto.

Galileo: ¿Y quien manda en Nueva Hispania?

Monja 2: España.

Galileo: ¡Ah... Hispania la vieja...! ¿Y los indios son esclavos?

Monja 2: Así me han dicho.

Galileo: ¿Entonces los indios no valen nada, tampoco?

Monja 2: No.

Galileo: ¡Muy hispánico...! (Pausa) Nadie vale por lo que es, en ninguna parte de la tierra, ni en el viejo ni en el nuevo mundo... ¡Qué triste!

Monja 2: No tanto, señor Galileo. Ellos son felices así.

Galileo: Veo mal a Hispania. Bautizos... esclavos... indios... muertes... Mueren bautizados...¿no?

Monja 2: Gracias a Dios.

Galileo: Sólo les interesa el oro...

Monja 2: Yo no se nada de eso.

Galileo: Y me imagino que tampoco trabajarán la tierra, porque si no lo hacen en Hispania la vieja...

Monja 2: España ha sido la hija predilecta de Dios, señor Galileo. Y derrotaremos a todos nuestros enemigos, entre los que no quisiera que estuviera usted. (Pausa). Ya está mejor, ¿no? (Se levanta).

Galileo: Sí, sí. Gracias, María. Ahora conozco un lugar en donde se puede vivir en libertad...

Monja 1: (Que ha estado escuchando). El único lugar en donde hay libertad es donde reina Dios y eso es en Italia. Por eso Italia vivirá por siempre protegida de Dios.

Galileo: Me siento cansado.

Monja 2: Todo se arreglará señor Galileo.

Monja 1: ¿Se encuentra listo para leer la abjuración, Galilei?

Galileo: Creo que sí.

Monja 1: Entonces, proceda a leer. Aquí está (Le entrega un pergamino).

Galileo: (Lee) "Yo, Galileo Galilei, maestro de matemáticas y física de Florencia, abjuro solemnemente lo que he enseñado, que el Sol es el centro del universo y está inmóvil en su lugar, y que la tierra no es el centro y no está inmóvil. Yo abjuro, abdomino y maldigo de todo corazón y fe sincera de todos esos errores y herejías, así como también de cualquier otro error y cualquiera opinión que esté en contra de la Santa Iglesia" (Tañen las campanas de San Marcos).

Monja 2: Ya están llamando para misa de ocho.

Monja 1: Redactaremos la sentencia. (Se instala a escribir).

Monja 2: Entonces, señor Galileo la tierra está inmóvil ¿no?

Galileo: (Piensa) Bueno...

Monja 2: Recuerde que usted ya juró...

Galileo: Sí, te juro que la tierra está inmóvil...

Monja 2: Descanse un poco. Venga conmigo. Ya todo ha pasado.

Galileo: ¿Crees tú?

Monja 2: Claro que sí.

Galileo: ... Quisiera irme a Nueva Hispania...

Monja 2: ¡Ay, señor! Hábleme de usted.

Galileo: ¿De mí? ¿De mi chichina?

Monja 2: ¿Quién?

Galileo: Mi hija... María Celeste... ¿Qué será de ella? Ella me copiaba mis borradores... me lee a Horacio: "Oh, temprano albor del comienzo!"; Oh, álitito... (Pausa) ¡Oh, se me olvidó...!

Monja 2: Es bello.

Galileo: Y este: "Yo que vi morir las rosas/ y se marchitan allí sus

hojas, sin color, sobre el frío suelo..." Es de Lorenzo de Medici.

Monja 2: Le gustan las rosas...

Galileo: (Haciendo poesía). "A mí me gustan la rosas/ todas las rosas, amarillas, tenues y rojas, pero especialmente las rojas..." En Padua, junto a mi astrolabio tenía muchas rosas. Eso fue hace tanto tiempo...

Monja 2: ¿Ya usted había descubierto el... telescopio?

Galileo: No, niña. Yo era profesor de matemáticas y me intrigaban los astros, pero el telescopio en realidad me llegó de Holanda y yo, claro, lo perfeccioné, le cambié los cristales (susurrando en complicidad) y se lo vendí al Duque de Venecia como un invento mío. ¡Todo el mundo comenzó a usarlo! Ves que sirve en la navegación, toda la marina lo compró... Era una cosa muy útil. ¡Pero no, que va, fue un buen negocio... ! Al poco tiempo llegaron los verdaderos telescopios holandeses al comercio y me descubrieron... (Ríen).

Monja 2: Eso es como, digamos... estafa, ¿no?

Galileo: ¡Shiiii...! (Tratando de ser convincente) Yo tenía que comer y las universidades pagan tan mal... ¿entiendes?

Monja 2: Entiendo.

Galileo: Ah, pero ese telescopio me empujó a mirar las estrellas y ¿sabes tú lo que pasó?

Monja 2: ¿Qué pasó, ahora ...? ¿Otro engaño?

Galileo: Pues.... imagínate un telescopio...

Monja 2: Yo nunca he visto uno.

Galileo: Bueno, mira, es una cosa como un tubo, largo, con vidrios que acercan la visión de las cosas. Imagínate uno... (Hace con las manos como si tuviera un telescopio) ¿ves?

Monja 2: No, no veo nada.

Galileo: Pero pon las manos como si tuvieras un telescopio... (Ambos contemplan el espacio simulando tener un telescopio). Tú miras y observas, ves los astros, ves el Sol... ¿Te has fijado que el Sol aparece en

un lado y se esconde por el otro?

Monja: Sí, lo veo moverse de un lado para otro.

Galileo: ¿Lo ves moverse, ah? ¡Muchacha, tú no sabes ver! Ves, pero no observas... Mira, yo soy el Sol (Galileo se pone atrás) ¿Dónde está el Sol, a la derecha o a la izquierda?

Monja 2: A la izquierda, por supuesto.

Galileo: A la izquierda. ¿Y cómo va a ir a la derecha?

Monja 2: Usted lo llevará al otro lado.

Galileo: Bueno (Va hacia ella y da vuelta el banquillo cargándola a ella) ¿Y ahora, dónde está el sol?

Monja 2: (Incrédula)... A la derecha...

Galileo: Y entonces, ¿cómo se movió?

Monja 2: Porque yo me di vuelta.

Galileo: ¿Tú...? Te equivocas. Recuerda: fue el banquillo...

Monja 2: Pero el Sol no ... (Se persigna). Estoy confundida.

Galileo: (Sonríe) No... No estás confundida, estás descubriendo algo... Has aprendido a mirar, a ver, a observar...

Monja 2: Mejor será que no sigamos.

Galileo: Tú me preguntaste, ¿recuerdas? Toda mi vida no he hecho más que mirar, observar... Esta es también la nueva vida, como el Nuevo Mundo de Hispania ... (Suena una campanilla que toca Monja 1, que ya ha terminado de escribir. Miran ambos aterrados).

Monja 1: Siento interrumpir. Ya está listo nuestro informe, afortunadamente, todo ha ido bien. Corresponderá al Santo Tribunal dictar sentencia, la que le será comunicada a Galilei en debido tiempo.

Galileo: Así sea.

Monja 1: Así será. (Pausa). ¿Qué hacían?

Monja 2: El señor Galileo me recitaba poemas de Hornero...

Galileo: (Asustado) Sí, si. Eso era, poemitas...

Monja 1: ¿Por qué parecen nerviosos?

Monja 2: ¿Nerviosos... ? No.

Galileo: Claro que no.

Monja 1: Parecen niños después de haber hecho una maldad. Bien. Galilei: escucha lo que tengo que decirte ahora. Se que, tal vez, estés disgustado con nosotras y hasta sentido ... Creías que eras un héroe, el héroe de la ciencia. Y nunca pensaste que lo que tú llamas la objetividad científica fuera una falacia, una gran mentira...

Galileo: ¿... Qué...?

Monja 1: Sí, una patraña. Y más aún, has pensado que lo que la Iglesia decía no era más que una charlatanería barata o supersticiones, como muchos todavía creen.

Galileo: ¿Yo... ? (Aterrado y cómico) ¿Yo... nunca... ?

Monja 1: No tienes que mentir Galilei. Porque has de saber que nuestros sabios no son estúpidos. Pero no se han embobado en pequeneces. Ellos han elevado su pensamiento sobre el tiempo, único juez que decidirá esta disputa de tu ciencia.

Galileo: Madre. Si me permite, yo pensé que este problema de mi libro ya se había resuelto...

Monja 1: Así es, has comprendido bien. Ya todo está terminado.

Galileo: Entonces, no entiendo nada lo que dice...

Monja 1: Claro que no entiendes, Galilei. Porque hasta ahora hablamos desde tu perspectiva. Por eso parece tener razón, a la vista de los ignorantes, porque en una época vivimos sólo el mundo del cielo o el infierno, de la vida y del más allá... Y hoy la ciencia nos empuja a vivir en un mundo de planetas, de astros y manchas solares... Lo malo está en creer que éste es el verdadero mundo...

Galileo: No se si debo hablar... Esto es demasiado para mí... No volveremos a comenzar, ¿no? Esto me pone confuso.

Monja 1: Entendemos tu confusión, porque siempre has mirado en menos a otros que tenemos una estructura de percepción diferente. Tú que eres tan inteligente, te has sumado a aquellos que sólo quieren

utilizarte.

Galileo: ¿Dices utilizarme, a mí? ¿Quiénes?

Monja 1: Eres importante para la nueva burguesía porque eres útil para ellos. Y nosotros no.

Galileo: Yo no sé lo que soy. Soy lo que soy. Soy burgués porque nací en una ciudad, en el mundo burgués y ya está, nadie me lo ha preguntado y nadie me utiliza. Yo estoy orgulloso de ellos porque respetan la ciencia...

Monja 1: Y eres vanidoso y engreído, y cobarde y zalamero porque esos son los valores de tu mundo, ¿no?

Galileo: Tal vez, pero nunca conocí otra realidad. Mi mundo es la ciencia y en eso soy sin duda lo mejor de Italia.

Monja 1: ¿Ves? Tu y tu ciencia, Galilei. Te he escuchado mil veces decir que has "visto", que has "observado", que "ven, pero no saben observar", ¿Qué has observado tú, Galilei, en realidad ...?

Galileo: Ya lo he explicado: he visto los astros, las estrellas... los planetas... El Sol... He visto el Sol...

Monja 1: ¿Y tú crees que la verdad se descubre observando el mundo o compartiendo el propio mundo de Dios?

Galileo: No sé...

Monja 1: "No sé...", dices. Y yo te digo lo que se dirá en el futuro de la ciencia, de tu propia ciencia, y que lo han dicho ya nuestros sabios: no hay razón para creer que lo que se ha visto por el telescopio sea una versión precisa de lo que realmente existe allí en el espacio (Galileo se toma la cabeza incrédulo). Nada de lo que ofreces como prueba es convincente, ninguna realmente prueba que la tierra se mueve alrededor del Sol. Escucha bien: los hombres creerán en sus experimentos "primero" porque creerán que la Tierra se mueve alrededor del Sol.

Galileo: (Irritado). ¡Las generaciones del futuro también lo descubrirán! ¡Y me recordarán y me lo agradecerán!

Monja 1: Te equivocas. Lo que ocurre, Galilei, es que la astronomía y el telescopio han sido útiles en el mundo actual para las potencias del norte. Y Galileo es popular -un héroe, como te gusta que te llamen- no porque estés en lo cierto, sino porque tus teorías son usadas, son útiles. Y porque son útiles son creídas como ciertas... (Monja 2 se santigua).

Galileo: El método de la ciencia es la observación. Eso es lo que yo uso.

Monja 2: ¿Ah, sí? ¿Crees que la observación te llevará a lo cierto? ¿Crees que en la realidad está la verdad? Pues, mira (Avanza hacia atrás, cerca de la ventana y mueve unas cortinas que descubren una inmensa calavera con un dibujo ambiguo que al mirarla en detalle muestra otra cosa...)...¿...Quieres ver, mirar, observar tu realidad? Pues, mira. Mira... ¿Qué ves...? ¡Responde, Galilei!

Galileo: (Absorto) ¡Mi madre...! ¡Es una calavera...! ¡Qué juego maldito es éste!

Monja 1: ¿Una calavera...?¿Y, dime, Galilei, cuántos dientes tiene tu calavera, cómo son sus ojos, Galilei... ah?

Galilei: (Se toma la cabeza desesperado al ir descubriendo las figuras infantiles dentro de la calavera... queda mudo y enloquecido) ¡Oh, mi Dios...!

Monja 1: ¿Ves, Galilei... ? Has inventado un nuevo orden: ves niños donde otros verían calaveras (Ríe) ...¿Son niños o calaveras mortales? ¡Responde, Galilei! ¡Responde, héroe de la ciencia! ¡Responde!.

Galileo: No puedo decir nada... No veo bien. No veo nada... (Monja 2 le abraza).

Monja 1: No es suficiente la realidad, ¿no? ... No es suficiente ver... ni observar... Las teorías científicas en que creemos son el resultado de puntos de vista que "imponemos" al mundo... La ciencia que practicas tú es muy útil a tu clase, pero no ha descubierto la clave del universo.

Galileo: (Muy humilde). ¿Pero mis observaciones sirven o no?

Monja 1: La ciencia, Galilei, debo decirte es una especie de magia que no reconoce ser mágica... No sabemos como trabaja... Las teorías son como el teatro de la mente, que entrega imágenes, visiones y realidades que se encuentran con las mentes del público que las acepta y cree, si no, no tienen sentido. Así, el mundo de la Iglesia está dando paso al mundo de la objetividad, que también colapsará.

Galileo: (Fuera de sí). No es cierto. La ciencia nunca morirá.

Monja 1: No temas, Galilei. Nuestro temor no está en la realidad, ni en las observaciones, sino en que a éstas no le vemos alternativas de reemplazo. Las creencias permanecerán mientras se usen, pero nunca dirán cómo son las cosas. La ciencia no es poderosa por poseer la verdad, es todo lo contrario. .. la ciencia será verdadera porque llegará a ser poderosa. Eso puedo decirte, sabio italiano...

Galileo: ... Es la agonía de los dioses...

Monja 1: (Toma sus papeles, los ordena. Mira a Monja 2. Le hace una señal con la cabeza para marcharse). "Pax huic domui" (Se santigua).

Monja 2: "Et ómnibus habitantibus in ea. Per Christum Dominum nostrum. Amén".

Galileo: (Todavía absorto) ... Amén. (Se retiran las monjas. Galileo contempla la calavera incrédulo. Entra sigilosamente el verdugo con un plato con presas de pato. Se acerca a Galileo, quien se asusta, pero al ver el plato con comida...).

Verdugo: ...Pa-to... Pa-to... Comida...

Galileo: (Desconfiado) ¡Te odio y te amo....! (Se retira el verdugo. Galileo come el pato con las manos. Entusiasmado. Se escucha el cantar del gallo). ¡Pepe...! ¡Pepe...! ¡Migallito...! (Correhacíala ventana) ¿Cómo vai, Pepe...? ¿Vene...? (Señala con un hueso hacia la calavera). ¡Pepe, mira... il bambino! ¡II bambino! i... Non e'calavera, sonó due bambini...!

(Lo que indica el fin).